

á Nuestra Señora del Carmen? Aun á estas almas nos atrevemos á decir que esta dulce y saludable devoción es para ellas, cuando no prenda segura, á lo menos no despreciable indicio de que ellas también pertenecen al gremio feliz de los protegidos por María. ¿Qué fuera de ellas totalmente desligadas del amor de la Virgen Santísima, del cariño á su única Madre verdadera? Correrían á rienda suelta, sin hacer una sola parada, por los caminos del vicio, que infaliblemente los arrastrarían á la eterna perdición. ¿Hasta qué punto no descendería el hielo de esos corazones, si el dulce abrigo maternal no conservara en ellos algún grado de calor de vida eterna? Para todos, en fin, es la devoción del Carmen fuente de bienes infinitos, manantial de virtudes y prenda de felicidad. Dígalo en alta voz esta culta y devotísima ciudad que el día de hoy, inflamada en el amor á la Virgen del Carmen, se exhibe santamente orgullosa de su fe, piedad y religión. ¿No es hoy cuando tantas almas generosas, dóciles al reclamo de María, huellan el respeto humano, presentándose á la faz de la sociedad entera como sinceros creyentes y humildes servidores de la Madre de Dios? ¡Hermosa victoria de la religión sobre el mundo corrompido! ¡Triunfo digno de ser celebrado no sólo en la tierra sino en las regiones celestiales! Porque vencer al mundo es triunfar del más peligroso enemigo de la salvación. No lo dudéis. Cristo se gloria de haber vencido al mundo: *Ego vici mundum*<sup>1</sup>; y asegura á sus discípulos que ellos lo vencerán también. Así que vencer á ese pérfido enemigo de Dios y de su Iglesia, es casi tanto como asegurar la victoria decisiva en

<sup>1</sup> Io. 16, 33.

todo el campo de batalla. ¡Gloria, pues, á María vencedora del mundo y del infierno! ¡Gloria á sus devotos, también por ella vencedores! ¡Aliento y esperanza á los hermanos del Carmen, cuyos nombres, puede creerse, están escritos en el libro de la vida! *Gaudete!*

13. Y ¡qué consuelo tan colmado no deberá experimentar el día de hoy, en medio de sus gloriosas fatigas, el Venerable Sacerdote y fervoroso Capellán de la Virgen del Carmen, escogido por ella, con vocación providencial, para ser instrumento de tantas bendiciones!<sup>1</sup> ¿Qué satisfacción puede compararse con la que resulta de dar á Dios tanta gloria, y procurar el bien eterno á tantas almas? Pero sobre todo ¿qué señal más inequívoca de predestinación á muy alto grado de gloria, que el ejercicio por largos años continuado, de tanta piedad y celo por el culto de María? ¡Ella nos conduzca á todos á la patria de la bienaventuranza! Así sea.

#### CUARTO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, 1898).

#### María, objeto del culto del pueblo colombiano.

In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis.

Eccli. 24, 25.

I. Confuso y como desorientado en medio de la extraordinaria pompa y solemnidad de este gran día, estoy á punto de preguntarme á mí mismo lo que, llenas de afanosa solicitud, se preguntaban las hijas de Jeru-

<sup>1</sup> El Sr. D. Francisco Jav. Zaldúa, canónigo de la catedral de Bogotá. CÁCERES, Sermones. II.



salén: *Quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est?*<sup>1</sup> ¿Qué haremos y qué diremos en este día en que es preciso hablar á nuestra hermana, en que todos los fieles de esta populosa y devota capital se dan cita en este vasto templo para dirigir á María Santísima del Carmen sus fervientes plegarias y escuchar de los labios del orador sagrado las alabanzas de la excelsa Reina? Verdaderamente, hermanos míos en el Señor, el caso no es para menos que para dejar el ánimo suspenso y anudada la lengua, vista la insólita magnificencia de esta clásica festividad, que todo concurre á engrandecer, la concurrencia, la piedad, el ornato, los favores de María, todo, todo menos la voz encargada de hacer una vez más el panegírico de la Virgen, imán de todos los corazones bogotanos. *Quid faciemus?* No tengo flores perfumadas ni poseo ricas perlas; y veo que nada menos que perlas finísimas debieran brotar de mis labios para corresponder á la dignidad de este puesto, y no dejar deslucida esta espléndida ovación que los hijos de Colombia consagran á la Virgen-Madre en su portentosa advocación de «El Carmen».

2. Pues bien, cristianos oyentes: ya que de mío nada tengo que merezca presentarse á los pies de esa gran Reina del Carmelo, como perfume exquisito de Arabia, ó joya de piedras preciosas del oriente, permitid que me apodere yo de vuestros propios sentimientos, tan nobles, puros y elevados, y forme con ellos la corona de alabanzas que juntos tributemos á nuestra común Madre y Señora; y con ese objeto trate de investigar piadosamente el porqué de este culto sin

<sup>1</sup> Cant. 8, 8.

igual, de esta devoción sin límites, de este entusiasmo desbordado de los habitantes de Colombia, y especialmente de Bogotá, por Nuestra Señora del Carmen. Al entrar en esta investigación no podré menos de descubrir algunos de los mil títulos gloriosísimos que hacen de esta divinal criatura el objeto de vuestra adoración y el ídolo de vuestros corazones; y, al irlos poniendo delante de vuestra consideración, resultará, según espero, formado, aunque muy tosca y rudamente, el elogio á que estoy comprometido. De esta suerte seréis vosotros mismos los autores principales del panegírico de Nuestra Señora del Carmen.

Ni creo ha de ser para mí muy difícil encontrar la explicación del brillante fenómeno religioso y social que dejo señalado. Sé muy bien que hay causas y agentes inmediatos que bastarían desde luego para explicarlo satisfactoriamente, pues conocidas son en todo el país las circunstancias especiales, y estoy por decir providenciales, en que esta devoción, de suyo muy antigua en nuestra América, se ha desarrollado de un modo maravilloso entre nosotros hasta tomar un vuelo que no tiene ni tal vez ha tenido semejante. No necesito señalar con el dedo esos agentes bienhechores, ese celo, esa inspiración, ese ardor y tesón de muchos años que todos conocemos y admiramos, como es justo y merecido. Pero, dominando el asunto desde una altura más elevada, creo no equivocarme al designar por causa de la devoción extraordinaria de Colombia á Nuestra Señora del Carmen, la índole nativa de sus hijos, realizada por la viveza del sentimiento religioso que hoy, como siempre, los domina. La nobleza y generosidad del carácter entran por mucho en el culto nacional; y, siendo el pueblo colombiano entusiasta admirador de lo grande,



noble y bello, no puede menos de abrazar con ardor infinito el culto de la más grande y bella de todas las criaturas, de la que Dios mismo, después de haberla adornado con tantos primores, ha hecho el objeto de su especial predilección. Por otra parte, este pueblo, fiel á sus más gloriosas tradiciones, cree, ama y espera, como verdadero y fervoroso cristiano: ¡cómo, pues, no había de amar con transporte, con santo delirio, á esa Virgen del Carmelo, que, siendo Madre de Dios y de los hombres, sintetiza, por decirlo así, la religión entera; á esa Madre que nos muestra á Jesús y nos da la mano para llegar hasta Él! Digo, pues, que María Santísima del Carmen es en primer lugar objeto natural del culto que brota espontáneamente del corazón del pueblo colombiano, y eslo todavía más del culto religioso de esta nación católica por excelencia. Saludemos, etc. *Ave María*.

## I.

3. No me detendré, católicos oyentes, en lo que pudiera considerar como meros preámbulos de mi discurso, á saber, el carácter del pueblo colombiano y la naturaleza del arte y del artista. El primero no lo formarán ciertamente mis apreciaciones, ni será vana creación de la oratoria y la poesía: está ya formado por la mano generosa del Criador, y por lo demás, bien definido en sus principales rasgos característicos. Uno de ellos es el amor apasionado de lo bello, noble apasionamiento de donde brotan los artistas, entre los cuales descuellan los genuinos y verdaderos poetas. ¿Quién no sabe que la poesía es fruto natural de la tierra de Colombia? Mas no debo yo insistir inútilmente en un tema que sólo ha de servirme de premisa

para la conclusión que intento deducir. Por lo que hace á la naturaleza del arte, no bastardeado por el vicio ni falseado por preocupaciones de escuela, me bastará recordar que es la expresión animada de la belleza ideal, en su más puro y elevado concepto, y, de consiguiente, es una especie de adoración, de culto á la belleza, á la sublimidad, á la armonía. El artista no es ni puede ser jamás adorador de la materia vil, porque la belleza es la forma, la vida, el resplandor, la idea. Por más que la belleza pueda hallarse encarnada en la materia, como el alma en el cuerpo, no es la materia, sino el fondo sobre el cual aquélla se destaca, no sirviendo sino para hacerla resaltar. La belleza, pues, aun la física, es algo inmaterial, superior á lo sensible, perceptible únicamente por la inteligencia, aunque auxiliada ésta por la fantasía que da cuerpo y bulto á la concepción estética. Percibir la belleza en donde se halla es casi un descubrimiento feliz, prerrogativa no común, sino peculiar de aquellas almas privilegiadas que están dotadas de una facultad especial, del sentido de lo bello. ¡Feliz el pueblo que ha recibido del cielo este don como patrimonio de familia! Ese pueblo no dará cabida en su corazón al torpe y corruptor materialismo, á ese sistema ignominioso que pretende nivelar al hombre con el bruto, desconociendo la superioridad esencial del espíritu humano sobre el alma de la bestia. Por eso Colombia entera rechaza indignada tan absurdas doctrinas, y proclama á voz en grito su fe en la espiritualidad del alma y en la inmortalidad de los destinos del espíritu. No quiere pertenecer á esa escuela de envilecimiento moral que no ve en el altivo rey de la creación visible más que un puñado de vil polvo, que el soplo de la muerte disipará á los cuatro vientos, no



quedando del hombre, devorado por el sepulcro, otra cosa que el efímero recuerdo. Con semejantes doctrinas no sólo parece la moral, el honor y la virtud, sino también el arte y la poesía. ¿Qué has de cantar, poeta del materialismo? ¿por ventura el asqueroso polvo de que está amasado el cuerpo humano? ¿acaso los caprichos animales, análogos á los instintos de los seres que pueblan el bosque y la campiña? No, mis amados hermanos: la materia, por preciosa que sea, no alcanza á satisfacer las aspiraciones del arte, mientras no la enaltece la forma, pero no la forma puramente exterior, tan frágil como la materia misma, sino otra más íntima y perfecta, la vida, la idea, el sentimiento. Esto es lo que descubre en los objetos sensibles el ojo penetrante y puro del artista; esto, lo que inflama su corazón; esto, lo que inspira su mente creadora, anima y vivifica sus armoniosas producciones. Esto hace á los hijos de Colombia extasiarse y delirar delante de la Virgen del Carmelo, verdadera Reina de las gracias: *In me gratia omnis...*<sup>1</sup>

4. ¡Quién me diera el pincel de vuestro gran artista<sup>2</sup>, ó la voz de vuestros poetas para describir y cantar la belleza inefable de la Virgen del Carmelo! Mas ¿para qué intento lo imposible? ¿por ventura necesito daros á conocer lo que tenéis todos á la vista? ¿No la veis allí en su trono? ¡Cuán bella y refulgente allí se ostenta! Verdaderamente es preciso confesarlo con la Iglesia: *¡Dádosele ha la gloria del Líbano, posee la belleza del Carmelo y del Sarón!*<sup>3</sup> *Speciosa facta es et suavis...*<sup>4</sup> ¡Encantadora, dulce y deliciosa te hizo Dios,

<sup>1</sup> L. c. supra.<sup>2</sup> Gregorio Vázquez.<sup>3</sup> Is. 35, 2.<sup>4</sup> Ecl. in offic. B. M. V. de Monte Carm.

Madre divina! Nada diré de su rostro, admirable conjunto de majestad y dulzura; nada de la luz de sus pupilas, que brillan más que luceros del firmamento y despiden sobre sus hijos rayos de amor y de ternura; nada, en fin, de esa maravillosa profusión de perfecciones que hacen de Nuestra Señora del Carmen un cielo más bello que los cielos que vemos, según la atrevida frase de la santa Iglesia: *Elevata est magnificentia tua super caelos, Maria, Mater gratiarum*<sup>1</sup>. ¿Qué diré de la magnificencia del ropaje, digno de su regia majestad, al cual puedo aplicar las proféticas expresiones del Salmista: *«Adstittit Regina...» Allí está, á la diestra del Omnipotente, la Reina cubierta de oro y pedrería, revestida de variados y ricos ornamentos*<sup>2</sup>. *El biso y la púrpura son su vestidura*<sup>3</sup>; *y la fragancia que despide es inestimable en demasía*<sup>4</sup>, más exquisita sin comparación que el perfume de los vestidos de Jacob, que hizo exclamar al patriarca Isaac: *¡Oh! ¡qué olor el de mi hijo, semejante al de un campo enriquecido con la bendición del Señor!*<sup>5</sup> Pero ¿cómo no ha de ser espléndido el ropaje de María, si sobre el oro y las sedas se tiende un manto de luz divina, como lo vió el discípulo amado en su célebre visión: *Un gran prodigio apareció en el cielo: la Mujer revestida del sol...*<sup>6</sup> ¿No veis qué cerca de sí tiene al Sol divino, á Jesús Niño, á quien lleva en su brazo derecho? La hermosura del Dios humanado, *del más hermoso entre los hijos de los hombres*, se refleja de lleno sobre el rostro y la persona de su Madre, la Reina del Carmelo, haciéndola sólo inferior en belleza al mismo Dios.

<sup>1</sup> Ecl. in offic. B. M. V.    <sup>2</sup> Ps. 44, 10.    <sup>3</sup> Prov. 31, 22.<sup>4</sup> Ecl. l. c.    <sup>5</sup> Gen. 27, 27.    <sup>6</sup> Apoc. 12, 1.



5. Tal es, cristianos oyentes, la belleza de Nuestra Señora del Carmen, no ya solamente física, aunque ésta misma sea soberana, incomparable, sino ideal, espiritual y divina. El Esposo de los Cantares, el Espíritu Santo, contemplando y ensalzando una por una las perfecciones corpóreas de esta obra maestra de sus manos, y después de regalarse con ellas, prorrumpe en esta exclamación: *Quam pulchra es!* ¡Qué hermosa eres, esposa mía, qué hermosa eres!<sup>1</sup> Y añade con intención profunda: *Pero es mayor la belleza escondida en su interior: «Absque eo quod intrinsecus latet.»*<sup>2</sup> ¿Cuál es ésta sino la hermosura espiritual, de la cual la física no es más que una débil y pálida vislumbre? Pues, si tan ardua empresa es describir la hermosura exterior y corpórea de María, ¿qué será bosquejar la belleza de su mente y corazón? De la primera se puede dar alguna idea ascendiendo de la hermosura dispersa en los objetos de la naturaleza; mas de la segunda ¿qué concepto ni qué imagen podremos formar, excediendo tanto lo espiritual á lo corpóreo, como el cielo á la tierra? Los mismos serafines, incapaces de comprenderla y contentos con admirarla, se preguntan atónitos: *Quæ est ista? ¿Quién es ésta que sube del desierto rebotando de delicias?*<sup>3</sup> ¿Cómo, pues, no desfallecerá el entendimiento humano contemplándola? ¿cómo, al entrever una centella de tanta belleza, no quedará cautivo todo corazón? El pueblo colombiano, ilustrado, aun más que con las luces de su clara inteligencia, con la antorcha de la fe, ha alcanzado, sin duda, á vislumbrar esa hermosura sobrenatural de María en su advocación tan poética como maravillosa del Carmen; y he ahí de donde

<sup>1</sup> Cant. 4, 1.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Ibid. 8, 5.

ha brotado ese torrente de amor y admiración que les hace exclamar á todos, especialmente en este día: *¿Quién es esta Virgen que así nos encanta y roba todo el afecto de nuestros corazones? ¿Qué tienes, pues, de arrebatador y divino, ¡oh Virgen y Señora del Carmen!* que no hay quien no sienta tus poderosos atractivos? Yo os lo diré, cristianos: lo que hay es que la Virgen del Carmen es, al decir de la Iglesia, la Madre de las gracias, el tipo de toda belleza moral y sobrenatural; y esto se les alcanza muy bien á los hijos de Colombia, entusiastas admiradores de lo verdaderamente grande y bello, que es lo bello del orden moral, el resplandor de la virtud.

6. María posee toda la gracia de la verdad: *In me gratia omnis viæ et veritatis*<sup>1</sup>, porque, en primer lugar, María no es un mito sino una realidad, y no ya un mero personaje histórico de alta talla, como Débora ó Judit, sino una persona de actualidad, un ser viviente, una Madre que vemos y palpamos, y que nos ve también y acaricia y sonrío como á hijos: *Mater gratiarum*. María tiene además toda la verdad de la grandeza moral, de la elevación del espíritu, en la cual consiste la belleza de las almas, la belleza propiamente humana y aun divina: brillan en su pecho, mejor que las perlas y diamantes, todas las virtudes morales y divinas, la pureza inmaculada, la humildad profundísima, la encendida caridad. Véese, pues, ella sola ataviada con el ornato de todas las bellezas distribuídas entre todos los estados y situaciones morales de la vida humana, con la delicadeza de su sexo y la entereza varonil, con el candor del niño y la prudencia y sabiduría del an-

<sup>1</sup> L. c. supra.